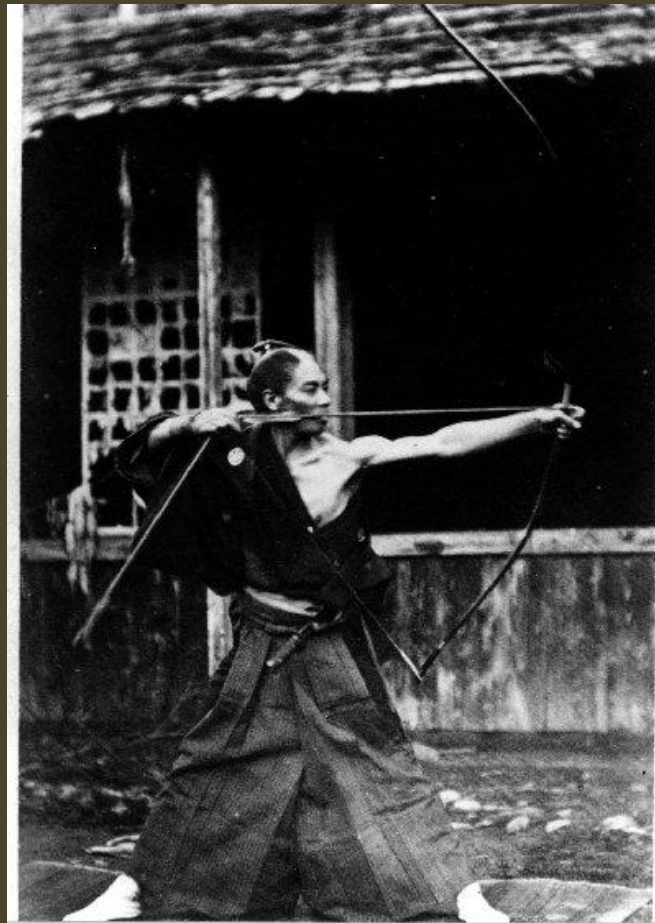


Tradiciones

Kosei:

Individualismo en las Artes Marciales



Dave Lowry

“La grandeza de una persona consiste en haber ido más allá de su individualismo”.

Soetsu Yanagi (filósofo japonés, 1889-1961)

Con el transcurso de los años los japoneses han conseguido un nivel bastante considerable. En particular en el área de los negocios y de las relaciones públicas, las formas japonesas han sido cuidadosamente examinadas, resultando de ello una extensa bibliografía con textos dedicados a estas materias. Es casi imposible visitar una biblioteca sin encontrar un libro en el que el autor trate de explicarnos el éxito japonés en Industria o Alta Tecnología. El contenido de los trabajos puede oscilar, pero hay una idea común en todos ellos: gran parte de él es resultado directo del trabajo en equipo. Los individuos están dispuestos a hacer sacrificios de naturaleza extraordinaria por el bien del grupo. La mayoría de estos libros, de hecho, exponen que la idea del “*grupismo*” es en efecto un modo de vida en Japón, siendo el individuo desplazado en una sociedad donde las metas del colectivo son supremas. Cualquiera de los autores de estos libros tiene mayores conocimientos y capacidades que quien esto escribe, para escribir sobre Japón, y estoy convencido de que tales observaciones son del todo correctas. No obstante esto, creo que puede incidirse más sobre este asunto. Es esta una idea que puede simplificar el carácter japonés en las mentes de los lectores occidentales, como se hizo durante la última guerra mundial, un tiempo en el que se condenó intensamente el comportamiento del pueblo japonés.

De hecho, los japoneses dan la idea de ser una red de trabajo interdependiente con gran conciencia grupal. Esto contrasta, a menudo desfavorablemente, con la noción occidental de individualismo. A juzgar por el enorme crecimiento del Japón como país, es posible que exista una amarga razón detrás de esta idea. Quien envidie esta situación puede pensar que aquí no podemos construir un automóvil seguro, económico, tener una corporación que trabaje con esmero, si no es por casualidad; no

obstante, en Occidente existe algo de mayor calado en todo ello: poseemos un individualismo recio, dentro de una sociedad en la que, *llevar a efecto tus propias ideas*, está visto como uno de los principales objetivos de nuestras vidas.

Conozco de este mundo de grandes y pequeños negocios aún menos de lo que conozco del propio Japón y de los japoneses, pero lo que creo es que estos libros, en numerosas ocasiones, se concentran exclusivamente en las actividades comerciales y convencionales de Japón. En esa estrecha y limitada visión, la cultura japonesa parece ser un gran conglomerado, poblada por un individuo perdido en el grupo. Sin embargo, considera la exactitud que supondría reflejar la sociedad americana en un estudio a realizar en el distrito financiero de Manhattan, nuestra cultura y valores juzgados, estrictamente, sobre las bases que inspira Wall Street.

Más adelante, si dirigimos nuestra atención a otros puntos de la vida japonesa, veremos que encontraremos algo opuesto al "*grupismo*". El mejor ejemplo para ello es el del deporte. Con excepción del béisbol, todos los deportes populares en Japón son de una naturaleza estrictamente individual, desde el Judo, al alpinismo. En contraste con esto, en los EEUU los deportes más populares son los de grupo, como el fútbol americano o el baloncesto y, esto, a pesar de nuestro amor al esfuerzo individual.

Los conceptos contrastados de individualismo, tanto en Japón como en los Estados Unidos son importantes para el budoka, ya que él puede conciliar estas dos contradicciones aparentes. Procediendo de una cultura en la que la iniciativa personal es admirada, el budoka occidental puede tener verdaderos problemas en relación a las artes y al estilo de vida concernientes al Budô. Encontrar un modo mejor de hacer las cosas es una virtud, según Occidente, y basta con echar un vistazo a la revista *People*, por ejemplo, para darnos cuenta de ello. A menudo, el problema radica en que son esos individualistas quienes están más interesados en la competencia, y ello les conduce a ser los primeros en introducirse en el estudio del Budô.

Desafortunadamente, con lo que se encuentran estos individuos es un sistema intransigente, que hace incuestionable y aborta cualquier intento de realizar las cosas de un modo distinto. Desde los simples y austeros uniformes, hasta la interminable repetición de técnicas, no hay ningún lugar para la iniciativa individual. Esta situación puede volverse tan opresiva que algunos estudiantes -especialmente aquellos con una personalidad más individualista- se aparten, finalmente, del propio Budô.

Es difícil explicar a estas personas desilusionadas, cuales son las diferencias de aprendizaje entre Oriente y Occidente, e igualmente difícil es el intento de explicarles que la verdadera individualidad –en el sentido japonés- emerge tras años de entrenamiento “*conformista*”. Es difícil asimilar que la verdadera individualidad (Kosei), es un producto resultante, no algo innato al individuo, algo que esté presente en él desde el comienzo. Es duro para estas personas entender que su tipo de individualidad es vista por el budoka japonés tradicional como algo no muy distinto al egoísmo, algo sin refinar, indisciplinado, indigno. Kosei, por el contrario, es más sutil, no se muestra a través del egocentrismo, de una manera superficial, sino con acciones que distinguen al sujeto a favor de la Humanidad. Aquellos que adquieren este tipo de kosei, escribió el Maestro de esgrima Yagyû Sekishûsai, son como “*una espada brillante resplandeciendo en la oscuridad*”.

Estas explicaciones, aunque ciertas, parecen algo imprecisas, no son muy útiles para la mayoría de nosotros. El mejor ejemplo de verdadero individualismo que conozco es un artista marcial de nombre Takeda Sokaku, quien ejemplifica, para mí, la más profunda clase de Kosei: un hombre cuya espada resplandeció al menos una vez, tan significativamente, que ha dejado una huella profunda a todos aquellos que hemos conocido y estudiado su vida.

Takeda Sokaku Minamoto Masayoshi nació en 1860. Fue hijo de un samurái del famoso clan Aizu, en la actual región de Fukushima. Las referencias dicen que se introdujo en las artes marciales de inmediato, siendo solo un niño, y, probablemente, puedan ser ciertas, ya que a la edad de catorce años, Takeda, había venció al maestro de Bugei Momoni-i Hunzo. El encuentro tuvo lugar en la capital Edo, en el Shigakukan, el dojo

de Momoni-i Hunzo Sensei, donde el maestro instruía a cerca de mil alumnos en la Kyoshin Meichi Ryu.



Castillo del clan Aizu

Takeda llegó al Shigakukan en el invierno de 1874 con cartas de recomendación de su maestro, Shibuya Toma Sensei, de Ono-ha Itto ryu, un estilo muy poderoso de espada que ponía énfasis en los movimientos veloces y decisivos, así como en los golpes instantáneos.



Sokaku Takeda Sensei

A pesar de su juventud, el maestro de Takeda había escrito una recomendación impecable, ensalzando sus habilidades; en base a esto, Momono-i y Takeda dispusieron una serie de tres combates con shinai,

una espada de bambú que estaban poniéndose de moda en aquella época en muchos dojo de Japón. Utilizando la técnica de uchiotoshi, en la que se bloquea un ataque en el mismo instante en que se contraataca, Takeda venció a Momono-i en el primer combate; el segundo encuentro finalizó con idéntico resultado; finalmente, Takeda Sensei perdió el tercer combate, aunque, más tarde, manifestara que perdió deliberadamente para que Momono-i Sensei no se sintiera humillado en su propio dôjô.

Las noticias de las victorias de Takeda se extendieron rápidamente en los círculos de las artes marciales de Edo. A la posada en la que se alojaba, llegaban mensajeros de todos los dojo importantes de la ciudad, con invitaciones para que Takeda mostrara sus técnicas. Aunque aún estaba en su adolescencia, Momono-i le animó a que abriera su propio dojo. En medio de toda la adulación a su persona, vino, sin embargo, un mensaje que no era ni felicitación ni una petición de sus servicios, por el contrario, era una orden violenta para que estuviera en el dojo de Jikishinkage ryu a las siete en punto de la tarde del siguiente día. Esta misiva estaba firmada por Sakakibara Kenkichi, director del ryu. Ignorando todas las demás invitaciones, Takeda fue a ver a Sakakibara a la hora señalada y, desde el momento en que se encontraron, era obvio que, el director de la escuela Jikishikage, no estaba en modo alguno impresionado por las victorias de Takeda.



Kenkichi Sakakihara Sensei

“Simplemente tuviste suerte al vencer a Momono-i”, le dijo fríamente. “El nivel tuvo un papel menor en ello”. Aunque admitía que Takeda podía ser muy habilidoso con la espada, afirmaba que le quedaba mucho para llegar a la maestría y que si no alcanzaba un nivel que se situara más allá de la técnica, sería como “una nevada en Kyoto”: excitante, sublime, pero estaría derretida al día siguiente.

¿Qué le habríamos dicho, estando en el lugar de Takeda, cualquiera de nosotros a Sakakibara? Después de todo, Takeda era el espadachín más conocido en la ciudad y parecía que su futuro como maestro de su propio dojo era seguro. Del modo más dramático, había llegado a ser la clase de hombre que todos habrían querido ser, pero en las palabras de Sakakibara, Takeda encontró gran sabiduría. Sin haber visto el arte de la espada del director del Jikishinkage, Takeda se inclinó ante él, pidiéndole ser aceptado como alumno.

Takeda se quedó algún tiempo en Edo, practicando en ambos dojo: Jikishinkage ryu y la Escuela de lanza Hozoin. En poco tiempo, las adulaciones y atenciones recibidas después de su combate contra Momono-i desaparecieron y Takeda se convirtió en un alumno más, que pasaba desapercibido en Edo.



Hozoin Ryu Yarijutsu



Jiki Shinkage ryu Kenjutsu

Después de recibir la Licencia en ambos ryu, se embarcó en un viaje que le condujo a través de numerosos dojo por todo Japón. Normalmente, estos aspirantes a maestros (musha shugyô) eran recibidos como artistas marciales serios, comprometiéndolos en combates amistosos con otros estudiantes y maestros de diferentes escuelas y estilos. Cuando Takeda ganaba lo consideraba como una experiencia valiosa y cuando perdía, se quedaba en el dojo practicando y aprendiendo.



Musha Shugyo

Fue poco después de que Takeda finalizara su viaje, cuando se vió envuelto en un incidente que haría florecer de nuevo su reputación, y del que todavía se habla hoy en día. Ocurrió cuando volvió a su ciudad natal, Fukushima (algunos biógrafos lo han localizado, incorrectamente, en Tokyo) y caminaba desde su casa a visitar el viejo dojo de su maestro. Corría el año 1883, y Japón se encontraba en un gran proceso de modernización; modernización en aquella época era sinónimo de occidentalización: ropa, arquitectura, literatura, etc., y, como oposición, cualquier cosa que recordara a los japoneses su propia ascendencia, era motivo de crítica y estaba abierto al desprestigio. Este movimiento se extendía a cada clase social, incluso a los trabajadores y obreros comunes, y fue con uno de estos grupos con los que se cruzó Takeda en su camino hacia el dojo.

“Oi, oi, kimi”, gritó uno de los obreros para llamar la atención de Takeda. Cuando se volvió, el obrero comenzó a increparle, debido a su imagen pasada de moda. Es probable que la irritación de alguno de los trabajadores se debiera a la espada que portaba Takeda, una hoja de Bizen (Bizen es una zona del norte de Japón famosa por sus minas. Nota del T.). Un arma de esa naturaleza acompañada del aire aristocrático de Takeda, les hacía recordar la época de los samurai, que recientemente había sido abolida como clase y cuyo comportamiento, frecuentemente arrogante, había mantenido a las clases más bajas atemorizadas y sobrecogidas durante siglos. Si esa era la causa del enfado de los obreros, Takeda pudo haberlo acrecentado perfectamente con su respuesta, mandando callar bruscamente al obrero. Lo que siguió a esto ha sido exagerado desde entonces: algunas fuentes implican alrededor de doscientos obreros en la escena, con instrumentos propios de la construcción en sus manos, todos empeñados en matar a Takeda. Estas leyendas continúan con una descripción de cómo Takeda se defendía de los grupos de obreros que le atacaban, hasta, finalmente, ser golpeado y dejado inconsciente y rescatado en el último momento por la policía. En realidad, Takeda era un guerrero demasiado inteligente y hábil como para quedarse y luchar con unos treinta obreros, correctamente estimados, que corrieron hacia él cuando uno de sus compañeros se enfrentó a

Takeda. Tuvo éxito, evitando a la masa que le atacaba, dejando a sus espaldas siete u ocho obreros heridos o moribundos.

Takeda fue acusado de asesinato y el caso se llevó a juicio. Se probó fácilmente con testigos que Takeda no había sido culpable, y fue puesto en libertad. Pero, inmediatamente después, Takeda volvió a encontrarse en el centro de atención de todo el mundo. Los tradicionalistas y también los compañeros de artes marciales estaban encantados de ver que el viejo sistema se mantenía, uniéndose a Takeda y pidiéndole instrucción. Era como si volviera a tener catorce años y volviera del dojo en el que había ganado en combate a Momono-i Sensei; todos querían hacerle famoso, como maestro de espada. Cuando parecía que su estrella comenzaba de nuevo a brillar, Takeda recibió la noticia de la muerte de su hermano mayor, teniendo que desplazarse al santuario Shoshogu, para revisar los planes del funeral. Mientras estaba allí se encontró con Saigo Tanomo Chikamasa, quien, al igual que Takeda, había pertenecido al clan Aizu antes de la abolición del régimen feudal.



Tanomo Saigo Sensei

Saigo, por supuesto, es conocido por ser el director del Takeda ryu de Oshikiuchi, un tipo de Jujutsu muy efectivo. Su maestro no había sido otro que el abuelo de Takeda, Takeda Soemon, de cuyo nombre procedía el del propio ryu. Saigo sabía de los éxitos de Takeda en su combate contra los obreros, y sabía que muchos alumnos querían aprender con él. Por segunda vez en la vida de Takeda, le fue dado un consejo sin ser solicitado

de alguien que en realidad no le conocía. A pesar de las ofertas que recibía para convertirse en profesor, Saigo le habló con claridad: “Los días de la espada han terminado. Su uso sólo provocará sufrimiento a tus compañeros y a otros ciudadanos”. En su lugar, Saigo animó a Takeda a aprender Oshikiuchi y, por segunda vez, Takeda eligió entre una vida de celebridad o una de mayores esfuerzos, trabajo duro y poco emocionante. Sin dudarlo, al igual que ocurrió con Sakakibara Kenkichi, supo que el consejo de Saigo era bueno. No abandonó su entrenamiento con la espada, pero se dedicó al estudio del Oshikiuchi, convirtiéndose finalmente en su mejor representante.

Takeda Sokaku no pasó el resto de su vida en la oscuridad, ya que la predicción de Saigo fue la correcta. La disciplina del combate a manos vacías, que él desarrolló más tarde en un Budo aceptado socialmente a la siguiente generación, serían las artes que permitirían sobrevivir al espíritu del guerrero y hacerlo prosperar. Aunque Takeda nunca abrió formalmente un dojo, comenzó a enseñar Oshikiuchi a petición de su maestro y, después de un tiempo, tuvo un gran número de seguidores que llegarían a ser miles.

Uno de ellos, a quien conoció cuando enseñaba en Hokkaido, era un joven y ambicioso artista marcial llamado Morihei Ueshiba, quien estudió durante años bajo la tutela de Takeda, siendo esa la experiencia que le permitió desarrollar las bases de su Aikido.



Morihei Ueshiba Sensei

De ese modo fue como las enseñanzas de un espadachín del clan Aizu llegaron a ser el fundamento de uno de los budo más populares de Japón

y del mundo, practicado en todos los países por cientos de miles de estudiantes.

Podemos imaginar cuál hubiera sido el destino de Takeda, si hubiera sucumbido a aquel tipo de individualismo que le proporcionaba la fama y una gratificación instantánea tras su duelo con Momono-i Shunzo, y una vez más en su combate contra los obreros. Quizá se hubiera convertido en uno más de los muchos espadachines de poca relevancia que colgaban kanban (anuncios en madera en los que se ofrecían lecciones de una escuela en particular) en su dojo de Edo. Puede que hubiera tenido una existencia cómoda, pero es seguro que no hubiera realizado las tremendas contribuciones que aportó al desarrollo del Budo. Su brillante espada resplandeció, no de un modo instantáneo y fugaz, sino con un significado profundo, iluminando el camino de las artes marciales para las generaciones venideras. Esta es la clase auténtica de kosei, o individualismo verdadero. No llega ni fácil ni rápidamente, pero como esa espada radiante entre las sombras, nunca se olvidará.

Traducción y adaptación: Kenshinkan dojo 2009

www.kenshinkanbadajoz.com